

Frente a la indolencia: habitar poéticamente

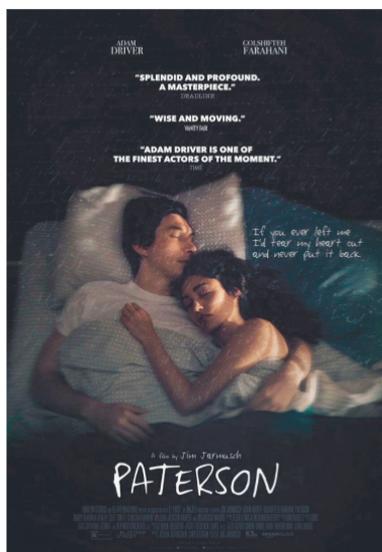
Por Vanessa Huerta Donado

Paterson (2016).

Dirección: Jim Jarmusch

Cuando eras un niño, no sabías con exactitud dónde terminaba una cosa y dónde comenzaba su sombra. Sin trazos precisos ni contornos definitivos resultaba demasiado fácil extraviarse en la parte visible del mundo. Pero los años pasan, el cuerpo se templea y pronto aprendiste a calcular la distancia que te separa de los objetos. Incluso aprendiste un poco de geometría en la escuela y ahora

sabes que son tres las dimensiones de la materia: *Height, width and depth... like a Shoebox*. Pero luego escuchaste que hay una cuarta dimensión: *time*... Hmm... Va a ser complicado; si atiendes al espacio, el tiempo se estanca, tiene que hacerlo, las figuras geométricas no tienen historia; en cambio, cuando privilegias el tiempo, los espacios pierden su dignidad milimétrica y comienzan a borrarse de la memoria y de la faz de la tierra. Aunque olvidar tiene sus ventajas, el tiempo deforma todo lo que se encuentra a su paso y lo reduce a ruina arqueológica. Por eso hay quienes prefieren vivir conforme al espacio, se adaptan a las leyes de la extensión y buscan sitios firmes para enraizar. Quietos, sobrios, y



receptivos; son seres de repetición que miran más de lo que actúan y escuchan más de lo que hablan. A veces ríen a solas; como Paterson, un conductor de autobús que ha logrado detener el tiempo a través de la rutina, o mejor dicho, lo ha espaciado. Espaciar el tiempo quiere decir medirlo conforme los acontecimientos que tienen lugar en el sitio donde echamos raíces. Cuando espaciamos, el ahora se convierte en un aquí, el aquí se adhiere al verbo estar, y a partir de él hablamos de un antes y planeamos un después. Pero mañana es de nuevo aquí; ayer fue aquí también. Esa es la seguridad que ofrece el espacio: centro de gravedad y principio de pesadez.

En sentido espacial, el personaje interpretado por Adam Driver es en realidad un lugar: Paterson, New Jersey, cuna del escritor Allen Ginsberg, del comediante Lou Costello y del poeta William Carlos Williams. En Paterson el paso tiempo ha sido sitiado, y mediante espaciamientos cortos y controlados, domesticado: sale el sol, el hombre-ciudad despierta, besa a su mujer en la espalda y comienza a corroborar que el mundo sigue allí, intacto, tal como lo dejó la noche anterior. *It's nice out, Warm, Sun on cold snow, First day of spring, Or last day of Winter...* da igual. Para los que enraízan profundo, como Paterson en Paterson, el tiempo fluye de manera circular, se anula. Sin embargo, todo orden es arbitrario y puede colapsar en cualquier momento. Por más sólidos y uniformes que sean los espaciamientos, una vida edificada sobre la seguridad del espacio tiene fisuras por las que se filtra la nostalgia y la incertidumbre. Quizá por ello nadie se atreve a construir para la eternidad. Algunos juran y prometen tímidamente, otros apenas oponen resistencia al fluir universal de la materia.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. FILMDREAMS.NET.

• Frente a la indolencia: habitar poéticamente

Para los que deciden habitar conforme el tiempo, todo se torna histórico y relativo. Son seres provisorios que no conocen un aquí sin un antes y un después, ni creen que existan terrenos vírgenes dónde volver a comenzar a partir de cero. Edificios carcomidos por los años, espejos rotos, rostros envejecidos: cada objeto les devuelve una mirada atravesada por el tiempo, todo les recuerda que ellos mismos son fantasmas a punto de desaparecer. Así es la naturaleza destructora del tiempo, que amenaza de muerte a sus hijos y los orilla a idear infinitos gestos de conservación: engendrar vida, crear arte, concebir ideas, arar la tierra, jugar, amar, fecundar... De entre los modos humanos de rasgar la cuadratura del tiempo y del espacio, Paterson ha elegido la creación poética: ¡Awesome! Un conductor de autobús que lee a Emily Dickinson... *Very poetic... Aha...Aha, what?* Probablemente su poesía sea buena, o quizá es tan mala que ni siquiera alcanza el rango de poesía, pero eso no interesa aquí. Todo acto creador tiene un valor ritual y un valor expositivo, y antes de que primero se destruya en beneficio del segundo, es decir, antes de que la obra sea entregada al mundo para su escarnio o adoración, tenemos al poeta a solas con su poema. Ternura fetal. Intimidación sin testigos. Recinto privado en el que nadie tiene que rendir cuentas a nadie, ni está obligado a hablar en nombre de la verdad o del buen gusto. A través de cuadros excesivamente cotidianos, Jim Jarmusch nos permite asomarnos a este ámbito anterior al juicio estético, no hay lugar para lo verdadero y lo falso; en el que las cosas y las personas simplemente son en toda su forma y su extensión. Ni historias de éxito ni gente extraordinarias: su lente se vuelca sobre la vida privada de personas mínimas que se han vuelto expertas en el arte de la invisibilidad, pero que están ahí, sosteniéndose, *through millions of molecules that move aside to make way for them...* En este sentido, Paterson es un film sobre cualquiera que haya aprendido a soportar la neutralidad asfixiante del verbo ser sin adjetivos. En este nivel previo no importa si Laura nunca logra convertirse en una famosa cantante de country, pues al ensayar, ya es cantante country; tampoco molesta que Everett, el amigo del bar mienta cuando dice ser actor; le creemos, creemos que en el gesto de inventar para impresionar a otros ya hay demasiada honestidad con uno mismo; y Paterson, mientras escribas poemas, será más poeta que conductor de autobús.

En el filme *Paterson*, cada personaje nos recuerda que no somos el oficio que tenemos ni poseemos aquello de lo que nos jactamos. Lo más propio, lo más nuestro es lo que hemos edificado en el seno de la intimidad. Por eso cuando Marvin, el perro-hijo de la pareja destruye el poemario secreto de Paterson, la tristeza inunda el film con una sobria discreción que se filtra por la pantalla y termina por contagiar a los sedentarios, los que anhelan convertirse en seres de tiempo, pero siguen aferrados al espacio. Inadvertidos, fastidiados, siempre a punto de estallar, se extinguen miserablemente cada día en las fauces de un Bulldog inglés.